

JULIA,

LA NUEVA HELOISA,

CARTAS DE DOS AMANTES HABITANTES DE UNA PEQUEÑA
CIUDAD, A LA FALDA DE LOS ALPES.

RECOGIDAS Y PUBLICADAS

Por Juan Jacobo Rousseau:

TRADUCIDAS

Por J. Marchetti.



100309

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE OLIVA,
CALLE DE LA PLATERIA.

37090

1836.

pa 2039
A 78
56
1836
R



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA DE OLIVA,
CALLE DE LA PLAZA,
1836

EL EDICOR.

Aunque hayamos seguido el mismo plan de uniformidad en todas las novelas que van ya publicadas de nuestra Coleccion, como son: la Estranjera de Arlincourt, la Abadesa de Ireland, el Solitario de Arlincourt, el Hijo del Carnaval de Pigault-Lebrun, el Waverley de Sir Walter Scott, el Renegado de Arlincourt, y las Poesias de Iglesias; en las que se ha conservado la misma impresion, tamaño en 16º, papel, viñetas de adorno, etc.; y aunque seguiremos el mismo en las demas novelas que irémos publicando, hemos creído que seria conveniente à los señores Suscriptores, y aun à los que no lo son, el que en la presente edicion de la NUEVA HELOISA nos separasemos del plan establecido: primeramente porque podrán obtener esta obra por un precio mucho menor que el que hubiera resultado si se hubiese impreso como las demas; en segundo lugar porque se ha podido publicar con mas prontitud; y en fin porque su encuadernacion les saldrá tambien mucho menos costosa que si hubiesemos dividido la obra en siete tomos como antes habiamos indicado.

Al enriquecer nuestra Coleccion con la JULIA ó LA NUEVA HELOISA de J.J. Rousseau, añadida la vida del Autor, creemos ofrecer una obra cuyo prestigio y celebridad son indisputables, una obra maestra de elocuencia, original, que rebosa de ternura à la par que de profunda filosofia. No es una jerga de intrigas, una aglomeracion de lances inverosímiles ó inesperados, y una mezcla confusa de personajes malvados y virtuosos, de acciones buenas y protervas. Su plan es

sencillo, el desarrollo natural; sus personajes guiados por la virtud y la generosidad, pueden tener debilidades, ningún hombre está exento de ellas; pero estas dan aun mayor realce á su conducta virtuosa, y penetran el corazón del lector en lo mas íntimo de su sensibilidad. La naturaleza débil de los hombres los conduce al error, les extravían las pasiones; y hasta Rousseau ningún novelista habian enseñado la senda para pasar del vicio á la virtud sea cualquiera el grado de aquel á que uno se haya adelantado. ¡Que verdad en los caracteres de los personajes de esta novela! Una Julia que toda es sensibilidad y dulzura, tan buena hija como tierna madre y tan ardiente amante como fiel esposa; el lector la ve, contempla una de aquellas vírgenes llenas de blandura, de candor y de juicio, trazadas por el pincel divino de Rafael. No la ama menos que San Preux, y las desgracias de estos dos amantes le causan una tierna emoción, y humedecente sus párpados casi sin sentirlo. ¡Que embeleso no produce la amistad de Clara y la de milord Eduardo, cada uno sirviendo de contrapeso al ímpetu con que una pasión de fuego arrastra á Julia, y mucho mas aun á su amante! No se presenta este menos interesante en su delirio y arrebatos, que en su circunspección y en la lucha de sus virtuosos sentimientos con la pasión que le domina. Por fin el carácter filosófico, grave y bondadoso de Wolmar y su calculado sistema doméstico nos hacen partícipes de la dicha y tranquilidad que reina en su familia. Estendernos mas sobre las bellezas de esta obra como novela seria una tarea interminable y los Suscriptores podrán juzgar de ellas; pero en la NUEVA HELOISA no les ofrecemos solamente una novela, sino una obra moral y filosófica, un tratado de costumbres, de educación, un conjunto de profundas y sabias reflexiones sobre las varias situaciones de la vida y otros asuntos de no menos interés. Por fortuna se trata de una obra ya conocida, de una obra inmortal que todo el mundo admira, y se verá por consiguiente que cuanto acabamos de decir, lejos de ser un vano encarecimiento para ensalzar nuestra Colección, nos deja aun muy cortos en razón á las alabanzas de que es digna LA JULIA ó LA NUEVA HELOISA.

Se ha procurado que fuese hermosa y esmerada la impresión; y para que conozca el lector al célebre Autor de este libro se ha puesto al frente su retrato y adicionado su vida, estrayéndola de la grande y acreditada obra, única en su clase que existe en España, titulada: Diccionario histórico ó Biografía universal de hombres célebres,

la que es propiedad de la casa de Oliva su editor. Finalmente esperamos que esta edicion será recibida con aprecio.

Seguiremos la Colección con la hermosa novela de Madama Cottin, cuyo título es: La Malvina (en tres tomos); la que saldrá á luz á la mayor brevedad.

JACOB ROUSSEAU.

la que es propiedad de la casa de Orléans en el año 1711. En adelante espere.
 que esta edición será recibida con aprecio.
 Seguirá la Colección con la misma noticia de la misma Casa.
 cuyo título es: La Historia (en tres tomos); la que saldrá á luz á
 muy presto.
 En el presente se publica el primer tomo de la Historia de la
 República de Venecia, que es el primero de una obra que se
 publica en tres tomos. Este tomo contiene la historia de la
 República desde su fundación hasta el año 1680. El segundo
 tomo contiene la historia desde el año 1680 hasta el año 1711.
 El tercer tomo contiene la historia desde el año 1711 hasta el
 presente. Esta obra es de un autor muy célebre, y se vende
 en cada una de las librerías de esta Ciudad.
 En el presente se publica también el primer tomo de la
 Historia de la República de Génova, que es el primero de una
 obra que se publica en tres tomos. Este tomo contiene la
 historia de la República desde su fundación hasta el año 1680.
 El segundo tomo contiene la historia desde el año 1680 hasta
 el año 1711. El tercer tomo contiene la historia desde el año
 1711 hasta el presente. Esta obra es de un autor muy célebre,
 y se vende en cada una de las librerías de esta Ciudad.
 En el presente se publica también el primer tomo de la
 Historia de la República de Florencia, que es el primero de una
 obra que se publica en tres tomos. Este tomo contiene la
 historia de la República desde su fundación hasta el año 1680.
 El segundo tomo contiene la historia desde el año 1680 hasta
 el año 1711. El tercer tomo contiene la historia desde el año
 1711 hasta el presente. Esta obra es de un autor muy célebre,
 y se vende en cada una de las librerías de esta Ciudad.

VIDA

DE

JUAN JACOBO ROUSSEAU.

Juan Jacobo Rousseau, nació en Ginebra en 28 de junio de 1721, y aunque su nacimiento costó la vida á su madre, no por eso dejó de pasar su infancia cuidado con la mayor ternura. Su padre, que ejercía la profesión de relojero, era un hombre sencillo y honrado que, sin dejar de dar al hijo buena crianza, pensó poco ó nada en cultivar el entendimiento de que estaba dotado: de modo que al salir de la niñez únicamente se acordaba de que sus primeras lecturas habían sido novelas, y las sensaciones precoces que ellas le hicieron le dieron nociones extrañas y novelescas sobre la vida humana, de las cuales ni la esperiencia ni la reflexion pudieron curarle enteramente. A las novelas sucedieron sin embargo algunos buenos libros, entre ellos las *Vidas* de Plutarco, cuya lectura era la que mas le agradaba. Su fogosa imaginacion se apasionaba á los grandes genios de la antigüedad; pero no tenia una guia ni un amigo que pensase en dirigirle por vías mas rectas. Viéndose su padre en la precision de dejarle en Ginebra, le puso á pupilo en casa del clérigo protestante Lambercier, de donde salió al cabo de dos años tan ignorante como habia entrado en ella. Un tio materno que se hallaba encargado de él le envió á copiar hojas en casa de un escribano de aquella ciudad, el cual le despidió por inepto; y entonces fué colocado de aprendiz en el taller de un grabador, hombre grosero que le trató muy mal, siendo esto causa de que aborreciese tal oficio: allí aprendió Juan Jacobo, no tan solo á mentir para eludir la severidad del maestro, sino tambien á hacer picardigüelas imitando á sus compañeros. Fastidiado al fin de una sujecion que propendia á

embrutecerle, dejó de repente su nuevo estado, su país y su familia para reconquistar su independencia, y fué aventuradamente á pedir hospitalidad al abate de Pontverre, cura de Confignon, en Saboya. Este eclesiástico, confiado en que le haria abjurar el protestantismo, le cogió con interes, y le envió inmediatamente á Annecy, sabiendo que en aquella ciudad cooperarian á la consecucion de su objeto. Allí es donde Rousseau, entonces de edad de diez y seis años, vió por primera vez aquella madama Warrens, que representa tan gran papel en la historia de su vida. Protegiendo esta baronesa á un jóven extranjero falto de recursos y de apoyo estaba muy agena de presentir que llegara á ser su amante; preveia menos todavia que aquel mismo á quien colmaba de tantos beneficios, haciéndole ademas depositario de todo, infamaria un dia su memoria, mezclando sin necesidad con el elogio de sus atractivos y sus virtudes las revelaciones mas escandalosas. Por mediacion de su protectora, y á espensas del obispo de Annecy, fué Juan Jacobo á Turin para que le instruyesen en el catolicismo, que abrazó á poco tiempo. Luego que hubo salido del hospicio de los catecúmenos, donde habia permanecido cerca de dos meses, sacando únicamente de su supuesta conversion una módica suma de veinte francos, entró á servir á la condesa de Verceilis en clase de lacayo, y en aquella casa cometió una falta cuyo recuerdo atormentaba todavia su conciencia al cabo de cuarenta años, y que quiso espiar haciendo una pública confesion. Fué el hurto de una cosa, atribuyendo este delito á una criada jóven que fué despedida, así como él, acusándole todos de haber causado la desgracia de aquella pobre muger. A consecuencia de esto halló colocacion en casa del conde de Gouvon, primer escudero de la reina de Cerdeña, quien le admitió de lacayo, le hizo despues secretario suyo, y todos los de la casa le colmaron de favores, que no supo aprovechar por un efecto de su inconstancia natural. Escapándose de Turin como lo hizo de Ginebra, volvió á ver á madama Warrens, cuyos sabios consejos despertaron en él las inclinaciones honrosas y los bellos sentimientos que habia perdido al dejar la casa paterna, entró en un seminario con intencion de ser sacerdote, y á poco tiempo fué devuelto á su bienhechora como incapaz para todo. Aquella generosa muger no desconfiando de sacar partido de él, le acoge como madre, dirige sus ideas

y sus lecturas, y le hace aprender música confiada en que aquel talento podrá ofrecerle un dia útil recurso. Separado despues por diversas circunstancias del único ser que se interesaba por él, recorrió Rousseau la Suiza con un pretendido obispo griego que recogia limosnas para el santo sepulcro, y á quien servia de intérprete: pero el pedigüeño y su auxiliar fueron detenidos en Soleure. El embajador de Francia, á quien el jóven ginebrino refiere ingenuamente sus aventuras, atestiguando sus vivos deseos de ir á juntarse en Paris con la que él llama *su querida mamá*, le da una cantidad de dinero con cartas de recomendacion para algunos personajes de la capital de Francia, y Juan Jacobo emprende su viaje, del cual sacó tan solo una distraccion estéril. Su bienhechora habia salido de Paris para ir á establecerse en Chamberi: marcha Rousseau inmediatamente en su busca; llega á Leon, donde cree tener noticias de la baronesa, y durante muchos dias se ve reducido al triste estado de tener que acostarse en un poyo al sereno, por no tener siquiera para pagar un albergue. Encuentra, en fin, á madama Warrens, y en la hermosa mansion de su quinta olvida todos los males que habia sufrido. Los campos, el estudio y la amistad realizan para él todos los sueños é ilusiones de la felicidad que siempre han abusado de su imaginacion, y lecturas mas seguidas y meditaciones mas sabias fijan poco á poco sus ideas. Explora sucesivamente á Locke, Mallebranche, Descartes, y Montaigne, la *Lógica* de Port-Royal, y los *Elementos de matemáticas* del P. Lanny. Pero una enfermedad grave viene de repente á turbar el curso de sus goces, ó mas bien á arrancarle para siempre de aquella venturosa situacion. En la precision de ir á consultar á los médicos de Mompeller, deja sus deliciosos campos y su tierna amiga, y á su regreso la encuentra comprometida con un hombre indigno de ella. Aunque Rousseau no habia sido mas fiel que Madama Warrens durante su viaje, no tuvo valor para tolerar la idea de su inconstancia. La mansion en aquella quinta fué ya odiosa para él, y fué preciso dejarla y pasar á Leon, donde le habian prometido un empleo de preceptor. Despues de un año de tareas casi estériles en tal ocupacion, abandonó Rousseau á sus discípulos, persuadido de que jamas conseguiria educarlos bien; y en el año 1741 se fué á Paris con quince luises y la esperanza de una rápida fortuna, fundada en un nuevo

método que habia descubierto de notar la música con números: pero este método impugnado por Rameau, le juzgaron todos defectuoso é impracticable, y el inventor mismo no tardó en desearle. Repulsado Rousseau como músico, tuvo á lo menos ocasion de adquirir útiles conocimientos, debió á sus recomendaciones el empleo de secretario de Mr. de Montaigu, embajador en Venecia; y durante su mansion en esta ciudad, donde se multiplicaron sus aventuras, llegó á ser en él una verdadera passion su gusto á la música italiana. A pesar de esto no fué admitida en la escena la ópera de las *Musas amorosas*: y por el despecho que manifestó con este motivo se ve hasta que punto se ignoraba á sí mismo aquel buen ingenio, y se debe disimular el haber mirado como un prodigio la casualidad que vino á levantar repentinamente su talento, y hacerle tomar un vuelo tan elevado. Treinta y siete años tenia ya, cuando en el verano de 1749, yendo á visitar á su amigo Diderot, que se hallaba detenido en Vincennes á causa de su *Carta sobre los ciegos*, en el *Mercurio de Francia*, que habia tomado para distraerse en el camino, leyó la cuestion propuesta por la Academia de Dijon: *Si el progreso de las ciencias y de las artes ha contribuido á corromper ó purificar las costumbres.* «Si alguna cosa ha habido, dice Rousseau, que se parezca á una inspiracion, es el movimiento que hizo en mí esta lectura: de improviso me sentí como deslumbrado por mil luces, y mi cabeza aturdida; como si estuviese embriagado, una violenta palpitation me oprime, y no pudiendo ya respirar andando, me dejo caer bajo un árbol, y paso allí una media hora en tal agitacion, que al levantarme ví mi ropa regada de lágrimas sin haber sentido que las derramaba.» Vuelto en sí de su éxtasis escribió con lapiz la *Prosopopeya de Fabricio*, que se apresuró á enseñar á Diderot, y este le animó á dar vuelo á sus ideas, y concurrir á ganar el premio. Ocupóse Rousseau inmediatamente en esto, y compuso aquella brillante declamacion que tan famosa se hizo, y que fué como la señal del levantamiento contra su siglo. Habiéndole concedido el premio la Academia de Dijon, esta novedad acabó de poner en fermentacion en su corazon la primera semilla del heroismo que en él habia sembrado cuando niño la lectura de Plutarco. Se propuso ser libre, romper los grillos de la opinion, y para preludiar en este nuevo papel, suprimió de su mesa y de su vestido el

poco lujo que habia gastado hasta entonces. Renunciando tambien el empleo de cajero que habia tenido en casa de Mr. de Francueil, porque la custodia de un tesoro turbaria su sueño, se hizo anunciar como copiante de música á diez sueldos por página; y su determinacion movió tal ruido que tuvo en breve mas copia de lo que queria. El aplauso que obtuvo poco despues el *Adivino de la aldea*, que fué representado en Fontainebleau en 1752, acabó de darle celebridad: el rey mismo quiso ver al autor: pero el filósofo, pensando en la confusion en que va á verse para dar gracias al monarca, se escapa en el momento de la presentacion, y va á refugiarse á Paris mientras que sus protectores le buscan en Fontainebleau. Al año siguiente la Academia de Dijon, que tenia obligado á Rousseau, presentó á concurso un asunto que debia tentar su pluma, y era el *Origen de la desigualdad de las clases de la sociedad*. Para meditar esta cuestion que le ofrecia oportunidad de esponer sus principios favoritos, corrió á internarse en el bosque de S. German, y en aquel sitio, donde creia encontrar, dice él mismo, la imágen de los primeros hombres de que iba á trazar altivamente la historia, compuso aquella sombría y vehementemente sátira de la sociedad humana, cuya dedicatoria se mira como una obra clásica de dicción, de decoro y de profundidad. Habiendo tenido ocasion de regresar á Ginebra, revocó allí solemnemente la abjuracion que habia hecho en Turin, y tuvo tentaciones de fijar para siempre su residencia en su patria nativa: pero la proximidad de Voltaire le disuadió de esto, y luego volvió á Paris. Entonces madama de Epinay, que poseia cerca de Montmorency una hermosa quinta, hizo que le construyesen, sin que él lo supiera, la casita tan conocida con el nombre de la *Ermita* en un sitio que á él le gustaba. «Oso mio, le dijo ella un dia, ahí teneis vuestro asilo: vos le habeis escogido, y la amistad os le ofrece.» Lo aceptó, aunque no sin algunas dificultades, y fué á establecerse allí con sus dos amas de gobierno. Así es como él y sus amigos llamaban con justo motivo á una madre y una hija que tenia consigo. Esta última, á quien él habia encontrado en 1745 en una posada de Paris, era tan estúpida, segun cuentan, que no podia contar por su orden los meses del año ni las horas de una muestra de reloj; y sin embargo, aun cuando hubo llegado el tiempo en que debió avergonzarse de tal amistad, se dejaba dominar todavia por

aquella moza, que si á falta de los mas débiles dones de la inteligencia hubiese estado dotada á lo menos del instinto del amor materno, que la naturaleza concede hasta á los seres privados de razon, hubiese ahorrado al filósofo, á quien ella hizo padre y con quien casó despues, el remordimiento y la vergüenza de haber abandonado sus hijos á la compasion del público. En 1756 fué Juan Jacobo con Teresa y su madre á establecerse en la *Ermita*, y en aquel sitio se dedicó á componer diversas obras que le pusieron en la primera clase de los escritores que mas han ilustrado la literatura moderna: mas no tardó en ocasionar amarguras á su vida una pasion ciega. No pudo ver sin prendarse y enamorarse de ella á la condesa de Houdetot, cuñada de madama Epinay, aunque sabia que era intima amiga y querida de Estauislaio Lambert. El resultado de este loco amor fué su desavenencia con madama Epinay, con Diderot y casi todos sus demas amigos. Acusándole todos de traicion, se creyó desde entonces cercado de lazos y emboscadas; dejó la *Ermita* y fué á establecerse en Montmorenci, en el rigor del invierno, en un cuarto cuyo techo de tablas podridas amenazaba ruina. Allí recibió Rousseau la visita del mariscal de Luxemburgo, quien queriendo desarmar á aquel fiero enemigo de las preeminencias sociales, á fuerza de obsequios, argumentos y consideraciones le obligó á que aceptase un alojamiento en la quinta del duque de Montmorenci, donde tuvo la libertad de vivir segun sus gustos. Dió á luz pública la *Nueva Eloisa* en 1759, y el buen éxito que tuvo esta obra escedió á las esperanzas aun del mismo autor, que decia: «El que no idolatre á mi Julia no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de San Preux, no puede serlo mio.» Sin embargo de esto, trabajaba Rousseau en un libro mas serio, cual era un tratado de educacion, cuyo proyecto y objeto habia revelado en la última parte de la *Nueva Eloisa*. Viendo que se habia tolerado en su Julia una especie de devocion paradójal, confió en que un *vicario saboyano*, confesandó que el Evangelio hablaba en su corazon pudiese proclamar impunemente una religion sin culto y una moral sin dogmas. Es oportuno decir que á pesar de las reconvençiones que se hacen al *Emilio*, esta obra no deja de ser considerada como el mas bello monumento de la gloria literaria de Rousseau, pues en ella particularmente se hamostrado con una alta superioridad el genio del grande ob-

servador, prodigando recursos y tesoros del genio oratorio. Locke ha compuesto una obra para la educacion: casi todas las ideas de Locke están en Rousseau. En Locke son razonables, en Rousseau poderosas. El *Emilio*, impreso en Holanda en 1762, en el momento de publicarse escitó una fermentacion que pudo hacer presentir al Autor la suerte que le esperaba; pero habiendo sido remitidas á Francia las pruebas de esta obra, bajo sobrescrito á Mr. de Malesherbes, director de la librería, el cual las corregia, Rousseau tuvo su patrocinio; y contando por otra parte con el favor público, se creia á cubierto de toda persecucion y vivia en una perfecta seguridad, cuando el principe de Conti hizo advertirle que el Parlamento habia mandado prenderle: el mariscal de Luxemburgo quiso facilitar su fuga, y Rousseau se propuso pasar á Suiza: mas apenas habia llegado á Iverdum, cuando supo que el *Emilio* habia sido quemado en Ginebra por mano del verdugo, y que allí, lo mismo que en Paris, se habia decretado la prision del Autor. Amenazado el filósofo por el senado de Berna, obligado á huir de nuevo, encontró por fin asilo en el principado de Neuchatel, y obtuvo el consentimiento del rey de Prusia para residir en el lugar de Motiers-Travers, donde el gobernador de la provincia milord Keith, conocido mas bien bajo el nombre de milord mariscal, le asignó una corta pension vitalicia. Entonces por un efecto de fantasia adoptó Juan Jacobo el traje armenio, y renunciando las letras se puso á hacer cordones con herretes, trabajando en la puerta de la calle como las mugeres del lugar, y conversando con los pasajeros. Sin embargo, no pudo prescindir de contestar al mandamiento del arzobispo de Paris que acababa de anatematizar el *Emilio*, y publicó la *Carta de Rousseau á Mr. de Beaumont*, muy superior en estilo y lógica á las *Cartas escritas por La Montaigne*, las cuales compuso consecutivamente contra los clérigos de Ginebra, y que movieron contra él nuevas tempestades. El cura protestante de Montmollin tomó efectivamente la determinacion de escomulgarle, con lo cual se amotinó en tal manera contra él el populacho de Motiers, que se vió otra vez obligado á huir. Encontró un asilo en la isla de S. Pedro, situada en medio del lago de Biene; pero á pocas semanas y en una estacion rigurosa se recibió una orden del Senado de Berna, la cual le arrancó repentinamente de las pacíficas ocupaciones con que pasaba su vida en

aquella soledad, y le forzó á dejar aquel suelo dentro de veinte y cuatro horas. David Hume, el historiador inglés, le facilitó medios para pasar á Inglaterra, y le dispensó muchos y grandes favores, sin deseuidar ninguna de las precauciones necesarias para no ofender un genio tan caviloso, exasperado mas y mas cada dia por las desgracias. Empezaba Rousseau á dedicarse nuevamente á sus ocupaciones favoritas en una casa de su gusto y su eleccion, situada cerca de Wootton en el Derbyshire, cuando un nuevo incidente le hizo ver toda la Inglaterra contra él, y á David Hume con sus cómplices ocupados en hacerle perecer en Wootton de pesar y de miseria. La causa de este sobresalto y de la ruidosa disension que esto produjo era una supuesta carta del rey de Prusia, en la cual ponian en ridiculo la mania del filósofo ginebrino de creerse perseguido del mundo entero. Ageno estaba Hume de esta burla, pero no su amigo Walpole, que después declaró ser autor de ella. Rousseau, á quien por otra parte no le gustaba la Inglaterra, dejó aquella nacion en 1767, á los diez y seis meses de residencia en ella, y volvió á Francia donde el modo afectuoso con que fué recibido debiera haberle curado para siempre de sus sombrías quimeras. Ofrecióle el príncipe de Conti un asilo en su palacio de Trye cerca de Gisors; y Juan Jacobo vivió en él algun tiempo bajo el nombre de *Renan*; pero muy luego se creyó cercado de espías, y se marchó para ir á herborizar en las cercanias de Leon de Grenoble y Chambéry, y aparentó querer establecerse por último en Monquin, á legua y media de Bourgoin, donde casó con su Teresa en 1768. Al año de residencia en aquel lugar, atormentado mas que nunca de sus tristes visiones, tomó repentinamente la resolucion de volver á Paris, y en 1770 consiguieron sus amigos que las autoridades tolerasen su permanencia en aquella capital. A fines de 1772, y á ruegos de un noble polaco, el conde de Wielhorski, escribió Rousseau sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*. Su incansable monomania le dictó después algunos *diálogos* en que hace su apología con un número y una frescura de estilo que desdicen de los hielos de la edad. Otro tanto se puede decir de sus *Ilusiones*, de las cuales la última, que ha quedado incompleta, está dedicada al doloroso recuerdo de madama Warrens, que hacia mucho tiempo que habia muerto, y que no se habia apartado jamas de la mente del filósofo á pesar de tantas vicisitudes. Este

hombre tan extraordinario murió en 3 de julio de 1778 en Ermenonville, en una posesion del marqués de Girardin. Diversas personas de quienes no se puede sospechar que sean enemigas de Rousseau, inducidas por la preocupacion de los disparates que hizo durante su vida han formado un problema de la causa de su muerte; le han acusado de haber atentado á sus dias, apoyando esta acusacion en pormenores que parecian darle alguna probabilidad. Pero la justificacion verbal de los médicos y diversos testigos no menos auténticos han probado que la muerte de Juan Santiago Rousseau fué natural; y esta opinion es hoy dia la mas válida. Fué enterrado en la isla de los Alamos en Ermenonville, donde aun se lee en su antiguo sepulcro la inscripcion siguiente, que era su divisa:

VITAM IMPENDERE VERO.

Peró en 11 de octubre de 1794 fueron retiradas de allí sus cenizas, á pesar de las vivas reclamaciones de Mr. de Girardin, para depositarlas en las bóvedas del Panteon de Paris, hoy dia santa Genoveva, donde se hallan con las de Voltaire. En su féretro se lee en francés lo que traducimos:

Aquí reposa el hombre de la naturaleza y la verdad.

El caracter moral de este hombre célebre, dice uno de los biógrafos de J. J. Rousseau, parece imposible de analizar. Es un compuesto de elementos tan contradictorios, que uno está siempre admirado de encontrarlos reunidos en un mismo individuo. Rousseau es sin embargo uno de los escritores que mejor han pintado su caracter en sus obras, particularmente en su *Correspondencia familiar*. El entusiasmo de los que Grimm llama *devotos de Juan Jacobo*, ha hecho de él un hombre cabal; una prevencion contraria le ha pintado con rasgos horrendos: es muy justo confesar los vicios de un hombre que no ha sido escaso en disfamarse hasta á sí mismo, pero tampoco se le pueden negar muchas virtudes dignas de los tiempos antiguos. Sencillo en sus gustos, enemigo de un lujo vano, sóbrio y desinteresado, quiso mas bien carecer de lo necesario, que comprar lo superfluo á costa de su independencia. En

el tiempo que sus libros enriquecian á casi todos los libreros de Europa, bebía agua en una de sus comidas, ahorrando para beber en la otra una poco de vino puro. Con un alma fogosa é irascible no conoció la envidia, los celos ni las mezquinas venganzas tan familiares á los literatos. Aunque escarnecido por Voltaire, le hizo justicia, y pudo aborrecerle sin insultarle jamás. Fastidiábale el trabajo, particularmente en el bufete: el movimiento del paseo, la perspectiva de los campos y los bosques hacían su imaginación fértil y fecunda para escribir. Inspirábale maravillosamente el recuerdo de los lugares que habian sido teatro de los principales acontecimientos de su vida. Un árbol, un arroyo, un peñasco, testigos de su felicidad, merecian de él un reconocimiento que negó no pocas veces á los beneficios de los hombres. Ademas de las obras ya mencionadas, y su *Botánica*, obra adornada de 65 láminas iluminadas, publicada en Paris en 1805, un tomo en folio, habia meditado Rousseau unas *Instituciones políticas*, de que únicamente publicó el resúmen que se ha hecho tan famoso bajo el título de *Contrato social*. En su primer discurso se habia declarado contra la literatura; en el *Discurso sobre la Desigualdad de las clases ó condiciones* se declaró contra la civilizacion, y en el *Contrato social* contra toda organizacion política existente. Esta obra se redujo toda ella á esta idea: que no hay mas soberanía que la soberanía de todos; que esta es omnipotente, es decir, sumamente justa; que no puede engañarse, ó á lo menos que aun engañándose su accion debe ejercerse irrevocablemente; que esta soberanía no puede ser enagenada, ni distribuida, ni representada. Este sistema fué el código de los convencionales, quienes hicieron colocar el busto del Autor en el salon de sus sesiones. Estas son las noticias probablemente mas exactas que sobre la vida de tan célebre filósofo se han recogido; sin embargo, como las opiniones de este hombre extraordinario le han suscitado enemigos entre los escritores de varias clases, y tambien admiradores fanáticos, y como cada uno ha procurado pintarlo con el colorido que convenia á sus miras, debe el lector valerse de una critica desapasionada y racional para juzgar de los hechos y prescindir de los comentarios que haya podido inspirar el espíritu de partido, objeto que hemos tenido presente al redactar la vida del Autor de la *Nueva Heloisa*.

PRÓLOGO.

Las ciudades populosas necesitan de espectáculos, y de novelas los pueblos corrompidos. He visto las costumbres de mi tiempo, y he publicado estas cartas: ¡ojalá hubiera vivido en un siglo en que hubiera tenido que tirarlas al fuego!

Aunque aquí solo el título de editor tomo, yo propio he compuesto parte de este libro, y no lo disimulo. ¿Lo he hecho todo, y no es mas que una ficcion esta correspondencia? Qué es importa, cortesanos? en todo caso es ficcion para vosotros.

Todo hombre de bien debe responder de los libros que publica: por tanto me nombro al frente de esta coleccion, no para apropiármela, sino para salir por ella. Si es mala, impútenmela; si es buena, no quiero que me atribuyan la honra de lo que valiere. Si es malo el libro, tanta mas obligacion tengo de reconocerlo por mio; porque no quiero ser tenido en mas de lo que valgo.

Por lo que á la verdad de los sucesos respeta, declaro que habiendo estado varias veces en el pais de los dos amantes, nunca oí hablar ni del baron de Etange, ni de su hija, ni del señor de Orbe, ni de milord Eduardo Bomston, ni del señor de Wolmar; tambien advierto que está la topografía groseramente equivocada en varios parajes, ó sea para engañar mas bien al lector, ó porque efectivamente la ignoraba el autor. Esto es cuanto puedo decir; piense ahora cada uno como le parezca.

No es bueno este libro para correr por el mundo, y petará á poquísimos lectores, disgustará su estilo á las personas de gusto sano; la materia asustará á los sugetos severos; los que no creen que haya virtud encontrarán todos los afectos fuera de la naturaleza. Debe desagradar á los devotos, á los libertinos, á los filósofos; repugnar á las mugeres fáciles, y escandalizar á las honradas. Pues á quien agradará? Acaso á mí solo, pero es cierto que no agradará medianamente á nadie.

El que se quiera determinar á leer estas cartas se ha de armar de paciencia, para aguantar los yerros de gramática, el estilo enfático y chabacano, y los pensamientos vulgares espresados en términos altisonantes; de antemano debe saber que los que las escribían no eran franceses, ingenios agudos, académicos, filósofos; sino gentes de una provincia, extranjeros, solitarios, mozos y casi niños, que en sus novelescas imaginaciones confunden con la filosofía los honrados desvarios de su cerebro.

¿Porque he de reparar en decir lo que pienso? Esta colección con su estilo gótico es mejor para las mugeres que los libros de filosofía, y tambien puede servir para las que en medio del desarreglo de su vida han conservado algun amor á la honestidad. En cuanto á las doncellas, eso es otra cosa. Nunca leyó novelas una casta doncella, y á esta le he puesto un título bastante claro, para que así que la abran, sepan de que naturaleza es. La doncella que no obstante el título se atreva á leer una sola página, ya es perdida, pero no impute á este libro su pérdida, que ya estaba el daño hecho. Una vez que ha comenzado, que siga, porque nada tiene ya que perder.

Si un varon austero repasando esta colección, se enfada desde las primeras páginas, tira encolerizado el libro, y se enoja contra el editor, no me quejaré de su injusticia; porque puesto en su lugar acaso hubiera yo hecho otro tanto. Si despues de haberla leído toda entera, se atreviese alguno á censurarme por haberla publicado, dígalo, si quiere, á todo el mundo, pero no me lo venga á decir á mi, porque se que no podría en mi vida estimar al tal hombre.

Id, buenos personajes con quienes con tanta complacencia he vivido, y que tantas veces me habeis consolado de los agravios de los malos. Id á buscar á vuestros semejantes, y huid de las ciudades que no los hallaréis en ellas. Id á las humildes soledades á consolar á alguna pareja de fieles esposos, cuya union con los embelesos de la vuestra se estreche; á algun hombre ingenioso y sensible que sepa amar vuestro estado; á algun solitario fastidiado del mundo, que aun desaprobando vuestras culpas y errores diga enternecido: Ah! estas eran las almas que la mia necesitaba!

JULIA,

6

LA NUEVA HELOISA.

PRIMERA PARTE.

CARTA PRIMERA.

A JULIA.

FUERZA es, señorita, huir de V., bien lo veo; así no lo hubiera dilatado tanto, ó por mejor decir, así nunca la hubiera á V. visto! Mas ¿que he de hacer ahora? Por donde tiraré? V. me ha prometido que será mi amiga; vea mis dudas y saqueme de ellas.

Bien sabe V. que entré en su casa á ruegos de su señora madre, que noticiosa de que yo tenia alguna instruccion en materias amenas, creyó que en un país donde no hay buenos maestros podria servir de algo para la educacion de una hija á quien adora. Ufano yo de ornar con algunas flores tan deleitoso vergel, sin prever los riesgos, ó sin temerlos, tuve la osadía de admitir tan peligroso encargo. No diré á V. que empiezo á pagar la pena de mi arrojó; espero no propararme nunca á decir cosas que no es decente que V. las oiga, faltando al respeto que mas que á la hermosura y elevada cuna de V., á la pureza de sus costumbres debo. Si padezco, tengo á lo menos el consuelo de padecer solo; ni quiero una felicidad que pudiera costar algo á la dicha de V.

No obstante, cada día observo y conozco que, sin culpa y sin querer, agrava V. males que ni puede compadecer ni debe saber. Bien sé que resolucion, á

falta de esperanza, dicta en tal caso la prudencia, y ya la habria tomado si en la ocasion presente se pudiera avenir con esta la obligacion. Mas ¿como me he de retirar con decoro de una casa adonde me ha llamado la señora de ella, que tanto me agasaja, y que me cree útil á lo que mas en el mundo quiere? Como he de frustrar á tan tierna madre del gusto de ver á su esposo pasmado un día con los adelantamientos de V., en materias que de intento nunca le ha dicho que V. á ellas se aplicaba? He de tener la descortesía de irme sin decirle nada? Le declararé el motivo de mi ausencia? No se dará por ofendida con semejante confesion de un hombre tan desigual por su nacimiento y caudal á su hija?

Solo un medio veo, señorita, para salir del atolladero: y es que la mano que en él me ha sumido me saque, que vengan de V. mi culpa y mi castigo, y que por lastima á lo menos se digne arrojarne de su presencia. Enseñe V. esta carta á sus padres, haga que me cierren la puerta, despídame como guste; todo cuanto de V. venga lo llevaré con paciencia, pero no puedo irme por mi propio.

Echarme V.! irme yo! y porque? Porque es delito rendirse al merito, y amar lo que merece ser honrado! No, hermosa Julia; deslumbrados estaban mis ojos con tantos atractivos; mas nunca